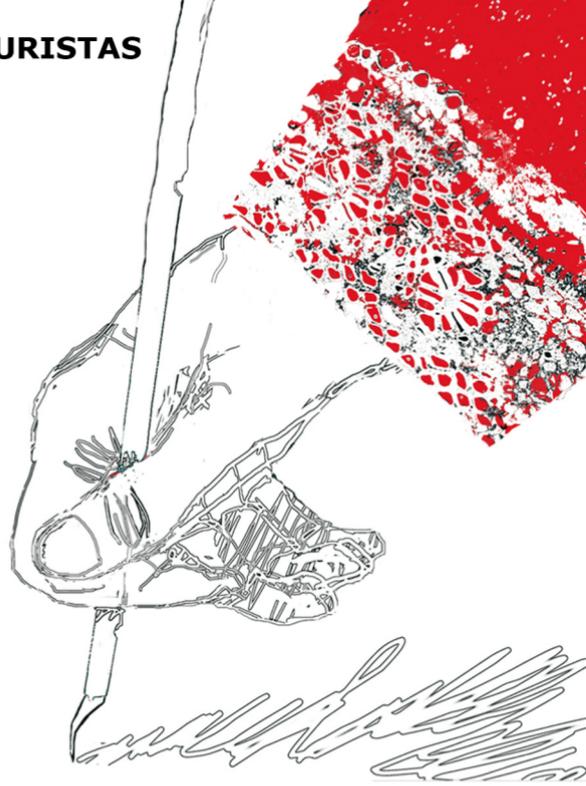


PROSAS Y VERSOS DE JURISTAS



NIKOLAI DE ARGOS

novela histórica

Javier Arribas

Ingeniero de caminos, canales y puertos
Miembro de honor de la Asociación para el
Estudio y la Enseñanza del Derecho de autor

Presentación de Carlos Rogel
Catedrático de Derecho civil



COLECCIÓN PROSAS Y VERSOS DE JURISTAS

TÍTULOS PUBLICADOS

- Versos sueltos**, *Carlos Cibrán* (2006).
- El ruido de las nueces**, *Alfonso Villagómez* (2008).
- Don Magín, profesor y mártir**, *Juan Iglesias* (2008).
- Poemas de otoño**, *Carlos Cibrán* (2009).
- Vocación del día que comienza**, *Ignacio González del Rey Rodríguez* (2009).
- Sistema de contingencias 1**, *Francisco Alemán Páez* (2011).
- Derecho civil en versos**, *José Luis Codes Anguita / Guadalupe Codes Belda* (2011).
- Versos de peregrina**, *Lel Laffitte* (2011).
- La nariz del manicomio (no se puede ser feliz en calcetines)**, *Francisco de P. Blasco Gascó* (2012).
- Arma de doble filo (novela de togas)**, *Rafael Mir Jordano* (2012).
- Vaivenes (versos y prosas)**, *Carlos Cibrán* (2013).
- Fantasía de un verano irreal –relatos breves–**, *Valentín Cortés Domínguez* (2013).
- Sin noticias de Ivanhoe (El siglo XX en ocho relatos de Wilbour D. Slutter)**, *Wilbour D. Slutter* (2014).
- Nikolai de Argos –novela histórica–**, *Javier Arribas* (2014).

PROSAS Y VERSOS DE JURISTAS

Colección dirigida por CARLOS ROGEL VIDE
Catedrático de la Universidad Complutense de Madrid

NIKOLAI DE ARGOS

novela histórica

Javier Arribas

Ingeniero de caminos, canales y puertos
Miembro de honor de la Asociación para el
Estudio y la Enseñanza del Derecho de autor

Presentación de Carlos Rogel

Catedrático de Derecho civil



Madrid, 2014

© Editorial Reus, S. A.
C/ Rafael Calvo, 18, 2º C – 28010 Madrid
Tfno.: (34) 91 521 36 19 – (34) 91 522 30 54
Fax: (34) 91 445 11 26
E-mail: reus@editorialreus.es
<http://www.editorialreus.es>

Director de la colección: Carlos Rogel
Diseño de portada: María Lapor
1.ª edición REUS, S.A., 2014

ISBN: 978-84-290-1771-7
Depósito Legal: M 14187-2014

Impreso en España
Printed in Spain

Imprime: Talleres Editoriales Cometa, S. A.
Ctra. Castellón, km 3,400 – 50013 Zaragoza

Ni Editorial Reus, ni los Directores de Colección de ésta, responden del contenido de los textos impresos, cuya originalidad garantizan los autores de los mismos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización expresa de Editorial Reus, salvo excepción prevista por la ley.

Fotocopiar o reproducir ilegalmente la presente obra es un delito castigado con cárcel en el vigente Código penal español.

PRESENTACIÓN

En mayo del 2009, si no recuerdo mal, la Asociación para el Estudio y la Enseñanza del Derecho de Autor (ASEDA) propició la celebración, en Burgos, de unas *Jornadas sobre Ingeniería y Derecho de autor*. Sabiendo algo de éste último, nuestra ignorancia sobre la primera era ecuménica y, para paliarla, pedimos la ayuda de una persona muy cualificada, que nos la prestó de manera entusiasta y desinteresada. Esa persona era Javier Arribas.

Javier, ingeniero de caminos, canales y puertos —*primus inter pares*, durante años, de los ingenieros castellanos y leoneses todos—, experto en aguas, monumentos, paneles solares y no sé cuantas cosas más, tenía páginas escritas y obras realizadas al respecto, prácticamente con sus propias manos, siendo, a mayor abundamiento, un gran conocedor de la edificación y de sus problemas y de la restauración de edificios y monumentos, habiendo sido gestor de la cosa pública al respecto —delegado de la vivienda en Valladolid y Director de la Vivienda en la Junta de Castilla y León—, siendo, también, buen conocedor del medio ambiente y de su casuística, como Secretario General de la materia, que fue, en la Junta de Castilla y León dicha.

A mayor abundamiento, Javier Arribas era, desde 1983, miembro de la Real Academia de Bellas Artes de la Purísima Concepción de Valladolid, con un discurso de ingreso —en prosa y en verso, por cierto— sobre la *Utilidad y belleza de las obras públicas*, habiéndose ocupado, en la misma, de la *Eliminación de obstáculos en el tejido urbano* y pronunciando, en su seno, el discurso de apertura del curso 2011-2012, titulado *Arte y crisis*. Había escrito, por otra parte y monográficamente, sobre *El Padre Duero* y *El Canal de Castilla*.

Con todo el bagaje dicho, su participación y presencia en las Jornadas de Burgos de 2009 fue crucial para el éxito de las mismas, cuyos resultados se plasmaron en un libro fechado el mismo año. Durante aquellos días, Javier Arribas nos manifestó su admiración hacia el Derecho como disciplina, la semejanza que apreciaba entre el mismo y las matemáticas, la precisión y sutileza de sus razonamientos, lo que le gustaría, en fin, integrarse en nuestra Asociación. Atendiendo, gustosos, a su solicitud, se nos ocurrió, en feliz hora, nombrarlo miembro de honor de ASEDA, para lo cual —Derecho al margen— solo se requerían méritos como los que él reunía y, en parte, acabo de describir.

Desde entonces, Javier Arribas fue miembro activo e insustituible de nuestra organización, sintonizando magníficamente con todos los demás miembros, incluidos aquellos que, por su juventud, podrían ser sus hijos, cual lo era Paloma, su hija tercera. En el 2010 fue mediador impecable entre payos y gitanos para que las Jornadas de ASEDA sobre *El flamenco y los derechos de autor*, celebradas en Arcos de la Frontera, fueran un éxito y terminasen con juerga y jaleo, cual terminaron.

En el 2011 nos enseñó, de nuevo y largo y tendido, en Valencia, hablando de los proyectos de obras arquitectónicas en las Jornadas, allí celebradas, sobre *Ideas, bocetos, proyectos y derechos de autor*.

Más adelante, ocupaciones y preocupaciones suyas le impidieron estar con nosotros, físicamente, en otras aventuras, pero siempre hemos contado con él y, enterados de sus inclinaciones literarias, hemos querido participar, con la Editorial Reus —cuyo consejero delegado, Jesús Pinto, es miembro de honor, también, de la Asociación que presido—, en la publicación de esta novela, *Nikolai de Argos*, en la que Javier Arribas nos retrotrae, con nitidez y mediante una erudición amable, con notable pulso y ritmo narrativo, a la Grecia Clásica y a los Juegos Olímpicos que, en ella, se celebraban periódicamente, por aquel entonces.

La novela —cual su título anuncia— gira en torno a Nikolai, natural de Argos, protagonista de la misma, que

prepara cuerpo y espíritu, a lo largo de años de iniciación y aprendizaje, para ser vencedor del pentatlón, prueba por excelencia de los juegos, con competiciones de velocidad, salto, disco, jabalina y lucha, en busca de la gloria olímpica.

Haciéndolo, Nikolai recorre Grecia entera, visitando y conociendo sus ciudades, muchas veces enfrentadas entre sí, a salvo el paréntesis de la Tregua Sagrada, de la Paz Olímpica. Conoce a los grandes hombres del arte, de la filosofía y de la política —Fidias, Policleto, Sócrates, Anaxágoras, Pericles—, que hablan de sus obras o nos las muestran. Transita a lo largo y ancho del Peloponeso, alegre y bullicioso entonces, conociendo a gentes dignas de ser queridas, algunas de las cuales son perdidas, desgraciadamente y a la postre, quedando otras con las que armar el futuro.

Una novela histórica más que interesante, adobada con algunos laísmos, mantenidos como licencias poéticas, como testimonio del propio origen.

A lo largo de la misma aparecen ciudades —Pireo, Megara, Corinto, Esparta, Atenas, Tirinto, Nafplión, Samos y Éfeso— crecidas, hoy, en ocasiones, y casi desaparecidas en otras, al lado de dioses del Olimpo un poco olvidados por nosotros, Como Rea y Cronión, que dejaron su cetro a Zeus, deidades también Palas Atenea y Apolo, todo ello en medio de una historia de amor entre Nikolai y Leda que no rompe la distancia, ni tan siquiera, enteramente, la muerte.

He aquí, pues, *Nikolai de Argos*, novela que perdurará por los siglos de los siglos y, con ella, su autor, Javier Arribas, vivo por los siglos de los siglos también, por obra y gracia de sus palabras, que permanecen y perduran.

Mil años, también, de vida y mil besos para su mujer, Belén, de rancia estirpe jurídica, y para sus hijas Marta, Inés, Paloma y Reyes, juristas, algunas de ellas, y muy queridas todas.

En Madrid, a 6 de abril de 2014

Carlos Rogel Vide
Presidente de ASEDA
Catedrático de Derecho civil

1. LOS PRIMEROS JUEGOS OLÍMPICOS

El sol abrasa el aire, quieto. Hay un silencio total.

Él tiene el cuerpo desnudo ligeramente inclinado hacia adelante, las rodillas flexionadas, la pierna derecha y el brazo izquierdo avanzados y la mirada fija en el suelo de arena. Está concentrado, con el oído atento a la señal de salida. Al sonar ésta, veinte mil gargantas rugen al unísono. Él hace fuerza con su pie derecho contra el suelo para impulsar la primera zancada mientras inicia la incorporación de todo su cuerpo. Luego levanta la mirada hacia la lejana meta, a más de 192 metros, equivalentes a seiscientos pies de Heracles. Oye un ronco rumor de fondo procedente de los ánimos de los espectadores asentados en los dos taludes paralelos del estadio. Empieza a bracear con energía y poco a poco amplía la longitud de su tranco. Su corazón late con fuerza y cada vez más deprisa. Con el rabillo del ojo vigila al joven atleta ateniense de su izquierda y al muchacho eleo de su derecha, ambos ligeramente por delante de él. Mantiene el ritmo y la pequeña distancia con sus adversarios hasta cincuenta metros antes de la llegada, entonces aprieta las mandíbulas, acelera el

ritmo de su carrera y ya sólo se fija en el hilo de lana atravesado al final. Le impulsa el irrefrenable deseo de llegar el primero. En los últimos metros lanza su torso hacia la meta y nota cómo su pecho desnudo rompe el hilo de lana. Ha ganado la carrera de velocidad para los jóvenes en su primera participación en los Juegos de Olimpia.

Todavía se deja llevar unos metros más antes de pararse y encorvar su cuerpo y, en esta posición, apoya sus manos por encima de las rodillas con el fin de recuperar el aliento y el ritmo de su respiración así como de los latidos de su corazón, a punto de salirse del pecho, mientras sus contrincantes se le acercan y le felicitan con una palmada en la espalda. Gotas de sudor le resbalan desde el pelo rubio hasta la nariz y se desploman al suelo.

El segundo día de los juegos olímpicos se dedica a las competiciones entre los muchachos con más de dieciséis años y menos de veinte. En una estancia obligatoria de un mes en la ciudad de Elis, los jueces del Consejo Olímpico, los helladónicas, seleccionaron previamente a los mejores atletas para correr la final en Olimpia. Entre ellos estaba Nikolai, espigado joven de piernas robustas, natural de Argos, el feliz ganador de la prueba de velocidad con diecisiete años de edad. Desde niño había demostrado ser el más rápido de sus compañeros cuando echaban una carrera para ver quien llegaba primero a cualquier sitio. Por consejo de su padre, Nergón, a los doce años ingresó en la palestra de Argos, donde le enseñaron a realizar los ejercicios adecuados para desarrollar sus músculos y aleccionar su mente en la perseverancia y la disciplina. Más tarde, a los dieciséis, entró en el gimnasio, donde conoció a Érato, instructor de pruebas físicas y entrenador de atletismo. Éste le enseñó a colocarse adecuadamente sobre la línea de

salida con objeto de coger velocidad lo antes posible y a dosificarse durante la carrera. Al principio llegaba desfondado a los últimos metros y en la meta era rebasado por algunos de sus seguidores. Con el tiempo aprendió a correr de menos a más rápido y a observar a sus más duros competidores antes de lanzarse a por la victoria.

Cuando ha recuperado el ritmo normal de la respiración recorre con su mirada azul la grada repleta de un abigarrado público: vendedores ambulantes, músicos, escritores, poetas, conocidos filósofos, maestros escultores, apostadores, proxenetas, familiares de los participantes en las pruebas y viajeros de las distintas ciudades griegas. Por fin, descubre a su padre y a su entrenador, saludándole con los brazos en alto y con evidentes muestras de júbilo. También él da saltos de alegría. Luego les pide por señas que le esperen en ese lugar mientras vuelve a la palestra para vestirse.

Como el calor es agobiante, estamos a principios del mes de agosto en la ciudad de Olimpia, situada en el oeste del caluroso Peloponeso, Nikolai decide tomar un baño en la piscina cercana a la palestra. Se sumerge totalmente en el agua fría para aliviar la calentura de su cuerpo antes de acodarse en el borde y recrear en su mente cada detalle de la carrera. La enorme satisfacción de los vencedores le llena por dentro. Al rato se viste la exómida, un rectángulo de tela blanca colocada sobre el cuerpo, dejando al aire un hombro, y ajustada en la cintura con un cinturón de cuero. Parte de la tela se pega a su piel todavía húmeda.

Luego acude en busca de su padre y de su entrenador, inmóviles en el mismo lugar donde estaban cuando les vio al finalizar la carrera. Tras abrazarse lle-

nos de contento, ascienden juntos al Altis, el recinto sagrado de Olimpia, y se acercan al templo de Zeus para agradecer al dios supremo su ayuda en el triunfo de la competición. Este templo, el mayor del Peloponeso, ha sido construido utilizando piedra caliza del lugar revestida con un estuco para conseguir una apariencia de mármol, resplandeciente al sol en toda su blancura. Al abandonar el templo, un amable transeúnte observa cómo contemplan el frontón sobre la entrada y se ofrece a explicarles su significado. El gran templo, les cuenta, se había terminado de construir recientemente gracias al botín recogido por los eleos al vencer a Pisa y Trifilia. En el frontón oriental del templo, ahora ante su vista, se ha dispuesto una representación de la mítica carrera de carros entre Pélope y el rey Enómao. Éste poseía un carro de cuatro magníficos caballos y retó a quien quisiera competir con él bajo la condición de entregar su vida si era vencido, pero autorizándole a desposarse con su hija en el caso de resultar ganador de la carrera. Pélope aceptó el reto y, ayudado por el dios Poseidón, venció a Enómao y casó con su hija Hipodamia dando nombre a la península del Peloponeso. En el frontón opuesto les señala en el centro a Apolo, la figura central, mientras preside la guerra abierta entre lapitas y centauros cuando éstos raptaron a las mujeres de aquéllos con ocasión de una boda. Asombrados, los tres contemplan los dos frontones sin parpadear. Ambas representaciones están plasmadas con bellísimas figuras de mármol cuya postura se adapta a la forma triangular del frontón gracias al ingenio y habilidad del escultor, quizás un discípulo del maestro Fidias.

A continuación, rodean la tumba de Pélope, dispuesta entre los dos templos mayores, y marchan desde el de Zeus al de Hera, principal divinidad de Olimpia antes de la entronización de Zeus, donde ofrecen a la

diosa una lámpara votiva con una mecha ardiendo en una cazoleta llena de aromático aceite. Por encima de este templo hay una azotea donde se alinean unas pequeñas capillas dedicadas a guardar los tesoros y reliquias ofrendados por las distintas ciudades griegas. Desde aquí cruzan el Altis para dirigirse al edificio del Consejo Olímpico, sede de los jueces elegidos entre la nobleza de Élide, y aquí contemplan las grandes tablas de bronce donde están grabadas las normas reguladoras de los Juegos. También logran ver el registro custodiado en este edificio de todos los ganadores de las pruebas olímpicas, los agones, desde los primeros Juegos celebrados hace trescientos cuarenta años. Desde entonces y sin interrupción, cada cuatro años se reúnen los griegos en Olimpia para ofrendar los Juegos al dios Zeus y miden por olimpiadas el tiempo transcurrido entre dos Juegos.

Tras recorrer el santuario, finalmente se acercan a la hostería para cenar y descansar hasta el día siguiente. Con el fin de evitar la limpieza y frecuentes roturas de los platos de cerámica, en la hostería han optado por servir la comida sobre tortas de pan de trigo abiertas por la mitad. Sobre ellas depositan unas sardinas asadas, un trozo de queso de cabra y miel. Para beber, agua servida en esquifos de madera.

Durante la cena, Nikolai manifiesta su sorpresa al comprobar la sola presencia de hombres en la hostería como sucedía también en el estadio y en el Altis.

—La presencia exclusiva de hombres no es por cuestión de pudor al correr desnudos los deportistas, sino por tratarse de un recinto sagrado reservado a los hombres para el culto a Zeus. Los juegos son un homenaje a nuestro dios principal. Tan sólo hay una mujer en todo el santuario, la sacerdotisa de la diosa Deméter. No obstante, mañana verás mujeres en el hipódromo

pues esta instalación queda fuera del recinto sagrado, le explica su padre.

Como remate de la cena, los mayores prueban el kykeon, una bebida de cebada con algunas hierbas añadidas al agua.

Con las primeras luces de la mañana siguiente, Nergón zarandea a Nikolai para despertarle de su profundo sueño. Tras vestirse desayunan pan de piso mojado en agua de tocosh puro con unos higos secos. Junto con Érato y en medio de una riada de personas, marchan hacia el hipódromo para presenciar las espectaculares carreras de carros de caballos. La gente procede de todas las ciudades de Grecia, incluso de las colonias. Algunos se alojan en las diferentes localidades vecinas a Olimpia y deben recorrer a pie largas distancias para acercarse cada día a las instalaciones olímpicas, otros acampan en las proximidades de la ciudad sagrada.

El hipódromo está situado junto al estadio y en disposición paralela a él si bien le duplica en longitud. En sus alrededores han montado muchos tenderetes los vendedores de tortas y pasteles atareados en vocear sus productos y en ahuyentar de continuo los enjambres de moscas atraídas por los dulces. También hay puestos de abanicos, de gorros de tela para protegerse del sol, así como de toda clase de recuerdos de los Juegos.

Las carreras de caballos son la competición más apreciada por la aristocracia y los griegos más distinguidos. Se nota en la vestimenta de bastantes espectadores, más elegante en relación con la observada por Nikolai la tarde anterior en el estadio.

Entre empujones logran entrar en el hipódromo y situarse en una zona del talud lateral próxima a la línea de llegada. Ya hace calor y el murmullo de los espectadores, cerca de cincuenta mil, va en aumento.

Tal como le había advertido su padre, Nikolai descubre la presencia de varias mujeres.

Las primeras carreras son de bigas, carros tirados por dos caballos. Además de los adelantamientos, lo más emocionante son los giros de los carros al llegar al final de la espina longitudinal divisoria de la pista en dos mitades, a la larga, especialmente cuando van juntos dos carros.

La segunda carrera de bigas es ganada por dos preciosos caballos blancos cuya propietaria es Dafne, una hermosa mujer, regente en Corinto de un prostíbulo reservado para gente adinerada. Nergón y Érato se dan un codazo como señal de estar de acuerdo en la belleza de Dafne cuando ésta aparece en la pista para recoger el premio como propietaria de la biga ganadora de la carrera.

En el ambiente hay una neblina de fino polvo levantado por caballos y carruajes cuando se da inicio a las carreras de cuadrigas, de cuatro caballos por carro, las más esperadas por la concurrencia debido a su mayor espectacularidad. Las cuadrigas pertenecen a personas acaudaladas, pues es costoso su mantenimiento, dispuestas a poner su orgullo en juego cuando compiten entre sí. La más emocionante es la tercera carrera. En ella corren los favoritos. Nikolai está pendiente de la orden de salida dada por un juez al bajar enérgicamente una banderola verde. Los carros marchan emparejados cuando llegan al primer giro y casi se enganchan sus ruedas al salir de él. Los aurigas restallan sus largos látigos sobre los lomos de las caballerizas para recuperar la velocidad una vez superada la curva mientras el público anima con sus gritos a sus respectivos favoritos o a aquellos por quienes ha apostado. El polvo levantado de la pista llega a la grada y los espectadores lo quieren espantar a manotazos. La lucha entre los dos primeros

carros es cerrada y los jueces vigilan con suma atención que no se cometa ninguna irregularidad. Al salir del último giro, uno de los aurigas logra cerrar su carro contra la espina central y reemprende veloz el tramo final por delante de su adversario, incapaz de adelantarlo a pesar de requerir con el látigo a sus cuatro corceles. El vencedor es Megakles, un rico propietario de Atenas, a quien Nikolai ve entretenido en su conversación con la bella Dafne. Aunque obedece a una costumbre ancestral, según le dicen, Nikolai no se explica la razón de premiar a los propietarios de los caballos dejando de lado el mérito del auriga, responsable de conducirlos con gran habilidad y audacia sosteniendo las riendas en la mano izquierda y el látigo en la derecha.

Al finalizar cada carrera, se forman largas colas ante las mesas de los apostadores para cobrar quienes jugaron a favor de la cuadriga triunfadora. En una de ellas, Nikolai ve al maestro escultor Policleto, vecino de Argos, decidido a cobrar su apuesta ganadora. Es un hombre vigoroso, alto, de recias manos y con el pelo canoso revuelto.

Terminadas las carreras de caballos, muy cerca del mediodía, Nergón, Érato y Nikolai, vuelven a la hostería para comer y dormir una breve siesta durante el momento más abrasador del día. Mientras los dos primeros se deshacen en elogios sobre la belleza de Dafne, el muchacho da buena cuenta del pan relleno de opson, elaborado a base de aceitunas, cebolla, alubias y queso.

Por la tarde van al estadio para presenciar la competición de pentatlón, ya dentro de los juegos olímpicos reservados para mayores de veinte años. Consta de cinco pruebas: carrera de velocidad, salto de longitud, lanzamientos de disco y de jabalina y lucha. Quienes su-

men la mejor puntuación al cabo de las cuatro primeras pruebas competirán en la final de lucha para decidir el ganador del pentatlón. Se trata del agón más completo de los Juegos y su ganador se convierte en el atleta más reconocido.

Cuando los participantes en las pruebas salen al estadio por la cripta o puerta de acceso desde el Altis, el público rompe en una cerrada ovación. Son jóvenes de cuerpos armoniosos, potentes para las carreras y saltos, y, a su vez, robustos para los lanzamientos y fuertes para la lucha. Nikolai no se pierde detalle.

La primera prueba es el salto de longitud. Uno a uno, los atletas toman una pequeña carrerilla y saltan de un brinco a un foso. Después de varios intentos se asigna a cada atleta su salto más largo y se le dan puntos según el orden de clasificación en la prueba. Gana un espigado ateniense de pelo rubio.

A continuación viene el lanzamiento de disco. Los lanzadores suelen dar medio giro sobre sí mismos antes de enviar el disco tan lejos como fueran capaces. Se trata de una prueba donde se combina la fuerza y la técnica. Al final gana esta prueba un corpulento espartano y empata a puntos en el cómputo total con el ateniense.

La tercera prueba consiste en enviar lo más lejos posible una vara de la altura de un hombre y el grosor de un dedo, impulsándola con una correa de cuero atada a la mitad de su longitud. También realiza cada atleta varios intentos y se procede como en la prueba de salto de longitud, dando puntos según la clasificación alcanzada. El atleta espartano se coloca en el primer puesto tras la suma de las puntuaciones obtenidas en las tres primeras pruebas. Nikolai no tiene favorito pues ninguno de los concursantes es de Argos.

Llega después la prueba de velocidad, la más esperada por los espectadores. Deben correr la longitud

del estadio como hizo Nikolai la tarde anterior. Los atletas intentan relajar sus músculos cerca de la salida. Luego, a instancias del juez, se colocan sobre la línea marcada en el suelo y emprenden la carrera al sonar la señal de partida. Enseguida se destacan los más altos, de piernas más largas y mayor tranco, mientras quedan retrasados los más robustos y, por tanto, de mayor peso. Nikolai se fija en la manera de correr de quien marcha primero: largas zancadas, movimiento rítmico de piernas y brazos, torso siempre vertical. Es un atleta eolo y acaba vencedor de la prueba. Tras él queda segundo el atleta ateniense ganador de la prueba de salto de longitud.

En la última prueba, la lucha, sólo compiten los dos primeros clasificados en las cuatro pruebas anteriores, el ateniense y el espartano. Se trata de un combate cuyo objetivo es derribar de espaldas al adversario hasta tres veces valiéndose de presas realizadas con manos y pies, aunque está prohibido golpear al contrincante, así como darle patadas y puñetazos. Gracias a su mayor corpulencia, gana el espartano y se proclama vencedor del pentatlón.

Sus brincos de alegría están justificados pues ya es un hombre cubierto de gloria y será recibido con honores a la vuelta a su ciudad. Nikolai vive este momento con intensidad y, en cierta manera, envidia al atleta espartano cuando recorre el estadio para recibir la aclamación unánime de todo el público. Una nueva idea empieza a tomar forma en su pensamiento y a arraigar en su voluntad.

Ya de noche, Nikolai sale de la hostería y camina hacia el Altis bajo un cielo estrellado donde señoera una luna grande y luminosa, suficiente para distinguir los perfiles del sendero y de los muros y entrever el relieve

del terreno. A su espalda se recorta la silueta arbolada del monte Cronion, dedicado al dios supremo de los primitivos pelasgos, más tarde desplazado del trono divino por su hijo Zeus, principal dios de los aqueos. Enfrente, al sur, ve serpentear el plateado río Alfeo. A su derecha, por el oeste, entrevé las aguas del afluente Cladeo y, a la izquierda, su vista tropieza con la colina de Pisa. En medio abre un fértil valle de un kilómetro de ancho donde se emplaza Olimpia. Nikolai quiere grabar todo este paisaje en su memoria.

Desde lo alto se le ofrece un vasto panorama salpicado de incontables hogueras llameantes en medio de tiendas de campaña preparadas para acoger a los muchos asistentes a los juegos sin sitio en las hosterías por falta de capacidad o por su alto precio. Por allí se agrupan los hombres según su mismo lugar de procedencia y a lo lejos oye los cantos populares de cada grupo. Entonces comprende la gran importancia de los Juegos como el lugar y la ocasión de sentirse griego por encima de ciudadano de una localidad concreta. Allí todos conviven en paz, al paio de los conflictos de todo orden, frecuentes los demás días.

El cuarto día de los juegos se dedica a las pruebas individuales de atletismo y lucha. Los jueces han seleccionado previamente a los mejores de la palestra para competir en las finales de esta jornada. Los atletas y luchadores salen al estadio por la cripta y son aplaudidos por todos y de forma más fuerte por sus respectivos compaisanos. Los cuerpos desnudos de los deportistas brillan al sol debido al aceite empleado para darles masaje antes de competir. Los músculos adquieren mayor relieve y los espectadores disfrutan contemplando aquellos jóvenes de cuerpos tan proporcionados y bellos. También se han aplicado una pomada, kyno-

ÍNDICE

Presentación	5
1. Los primeros juegos olímpicos.....	9
2. Regreso a Argos	25
3. Argos	37
4. El taller de Policleto	51
5. Viaje a Mileto y Éfeso.....	65
6. De nuevo en Argos.....	85
7. Esparta.....	97
8. Aspasia	107
9. Los segundos juegos olímpicos.....	119
10. Vuelta a casa	131
11. Nueva delegación en El Pireo	143
12. Leda.....	155
13. El tesoro de Delos	169
14. Intrigas políticas.....	181
15. El oráculo de Delfos	191
16. La guerra entre Atenas y Esparta.....	203
17. En Olimpia otra vez	213
18. En la senda de los oráculos.....	225

